

GREGORIANUM 91, 2 (2010) 272-299

El fundamento teológico del compromiso social de san Alberto Hurtado

En octubre de 2005, el Papa Benedicto XVI, después de la canonización del jesuita chileno Alberto Hurtado, afirmó: «A la luz de la verdad del Cuerpo místico, [el padre Hurtado] experimentó el dolor ajeno como propio, y esto lo impulsó a una mayor dedicación a los pobres»,¹ mostrando, de este modo, la vinculación entre sus convicciones teológicas y su compromiso con los pobres. Esta vinculación fue una preocupación explícita de Alberto Hurtado. De hecho, una nota característica de su pensamiento es su insistencia en que «toda acción es la proyección de un ideal»,² es decir, que las acciones humanas tienen su fundamento en las ideas. Este concepto lo profundizó en sus estudios de psicología y pedagogía en la Universidad de Lovaina,³ y lo aplicó tanto a la moral como a la espiritualidad. Por eso, Alberto Hurtado rechaza la casuística y los controles externos, y exige razones para la acción.⁴ No tiene sentido decir: «haz esto y evita aquello 'porque sí'»,⁵ puesto que, cuando no hay razones para actuar, decae la moral: «Las costumbres son malas ¡porque las ideas están en quiebra!».⁶ Esta convicción justifica el tema del presente artículo, que pretende mostrar el fundamento teológico del compromiso social de San Alberto Hurtado.

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los peregrinos*, 24 de octubre de 2005.

² Cf. *Moral social*. Punta Arenas, 1943, APH s57y12; *Una verdadera educación*, 139-150; *Leyes*, 1941, APH s39y11a; *Semana Santa*, 1943, APH s40y15a; *Retiro de Dirigentes de Acción Católica*, 1943, APH s40y15b; *La reconstrucción del hogar*, 1941, APH s55y10; *Cómo reconstruir a Chile de la postguerra*, 1943, APH s57y09. Para citar los textos inéditos de San Alberto Hurtado, se señala el nombre, el año, y la sigla del manuscrito (Archivo Padre Hurtado = APH, el número de sobre y documento). En el sitio www.padrehurtado.com están disponibles los manuscritos.

³ La lectura de J. Lindworsky influyó sobre Alberto Hurtado, cf. *La vida afectiva en la adolescencia*, 40; J. LINDWORSKY, *Die Willenschule*, Paderborn, 1932.

⁴ La moral de Alberto Hurtado anticipa elementos de la renovación de la teología moral del Vaticano II. Cf. P. MIRANDA, *Preludios del aggiornamento de la Moral Social en América Latina*, Madrid, 2008, 159-184. Cf. *Discurso Caupolicán*, 1943, APH s19y27.

⁵ Cf. *Moral social*. Punta Arenas, 1943, APH s57y12.

⁶ *Cómo reconstruir a Chile de la postguerra*, 1943, APH s57y09, cf. *Moral social*. Punta Arenas, 1943, APH s57y12; *Reconstrucción mundo posguerra*, 1943, APH s58y02. En *La Virgen Santificadora*, 1949, APH s50y07, afirma: «El ideal es la más real de las realidades».

Esta investigación ha sido realizada en base al amplio archivo de los textos del Padre Hurtado que, además de sus numerosas publicaciones, contiene más de 1.700 manuscritos, muchos de ellos inéditos. Estos documentos han sido digitalizados, datados y analizados por el *Centro de Estudios San Alberto Hurtado* de la Pontificia Universidad Católica de Chile,⁷ que ha publicado además una representativa selección de documentos.⁸ La datación de los manuscritos, que permite una lectura cronológica de los textos, y los avances en el estudio crítico del padre Hurtado posibilita la reconstrucción de la evolución de su pensamiento.⁹

⁷ Alberto Hurtado publicó 13 libros y 81 artículos. El archivo conserva, además, 1.788 manuscritos. De ellos, 634 poseen una fecha explícita. La investigación ha conseguido datar 749 documentos sin fecha, e indicar un cierto rango cronológico para 215, mientras 192 manuscritos permanecen sin datación. Además, los manuscritos han sido contextualizados, por medio de abundantes noticias de la prensa contemporánea y otras fuentes. Una presentación más detallada del estado del archivo se encuentra en S. FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE, «Base documental para el estudio de San Alberto Hurtado. Estado de la cuestión» en *Anuario de Historia de la Iglesia* (Navarra) XVII (2008) 313-320.

⁸ Se trata de una colección de cinco volúmenes: S. FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE (ed.), *Un disparo a la eternidad. Retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado, S.J.*, Santiago, 2002; J. CASTELLÓN COVARRUBIAS (ed.), *Cartas e informes del Padre Hurtado, S.J.*, Santiago, 2003; P. MIRANDA REBECO (ed.), *Moral social. Obra póstuma del Padre Hurtado, S.J.*, Santiago, 2004; S. FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE (ed.), *La búsqueda de Dios. Conferencias, artículos y discursos pastorales del Padre Alberto Hurtado, S.J.*, Santiago, 2005; V. ARANCIBIA CLAVEL (ed.), *Una verdadera educación. Escritos sobre educación y psicología del Padre Alberto Hurtado, S.J.*, Santiago, 2005. Todos ellos de Ediciones Universidad Católica de Chile.

⁹ Cf. J. CASTELLÓN, *Padre Alberto Hurtado S.J. Su espiritualidad*, Santiago, 1998; T. MIESUD, *El sentido social: el legado ético del Padre Hurtado*, Santiago, 2005; E. SÁNCHEZ et alii, *Padre Alberto Hurtado, S.J. La riqueza de su pensamiento*, Santiago, 2005; A. HURTADO CRUCHAGA, *Obras jurídicas completas. Con estudio preliminar de Pedro Irureta Uriarte*, Santiago, 2005; M. CLAVERO, «Un punto de inflexión en la vida del padre Alberto Hurtado: Itinerario y balance de su viaje a Europa, de 1947» en *Teología y Vida* 46 (2005) 291-320; J. OCHAGAVÍA, «Santidad y Teología. Reflexiones en la canonización del padre Hurtado» en *Teología y Vida* 46 (2005) 427-438; J. COSTADOAT, «Pietas et eruditio en Alberto Hurtado, S.J.» en *Teología y Vida* 46 (2005) 321-352; S. FERNÁNDEZ, «“Ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí” (Gál 2:20): “Ser Cristo” como clave de la vida del padre Alberto Hurtado» en *Teología y Vida* 46 (2005) 352-373; P. ESPINOSA, «¿Es Chile un país católico? Polémica en torno a un libro del padre Hurtado» en *Teología y Vida* 46 (2005) 625-674; S. FERNÁNDEZ, «Relación del Padre Alberto Hurtado, S.J., con la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile» en *Teología y Vida* 44 (2003) 3-18; S. FERNÁNDEZ, «¿Reformar al individuo o reformar la sociedad? Un punto central en el desarrollo cronológico del pensamiento social de San Alberto Hurtado» en *Teología y Vida* 49 (2008) 515-544. Para la contextualización de Alberto Hurtado es muy útil la obra de M.A. HUERTA, *Catolicismo social en Chile: pensamiento y praxis de los movimientos apostólicos*, Santiago, 1991.

Presentación biográfica

Alberto Hurtado Cruchaga nace en Viña del Mar (Chile), el 22 de enero de 1901, en el seno de una familia tradicional de la sociedad chilena. Pasa su niñez en el campo, con su familia, hasta la muerte de su padre, en 1905, lo que le acarreará serias dificultades económicas y la necesidad de trasladarse a Santiago. En 1909 ingresa al Colegio San Ignacio y desde 1916 toma como director espiritual al Padre Fernando Vives, S.J.

En 1918 comienza sus estudios de derecho en la Universidad Católica. Trabaja en el partido Conservador, hace el servicio militar, y participa en el Círculo de Estudios León XIII, con el Padre Fernández Pradel, S.J., y en la Sociedad San Vicente de Paul. En 1921 y 1923 redacta sus memorias de grado en temas de derecho laboral.¹⁰ En junio de 1923, una vez recibido de Abogado en la Universidad Católica, se arreglan sus problemas económicos, e ingresa a la Compañía de Jesús.

Durante el noviciado y juniorado, se forma espiritualmente y crece en su devoción a María Santísima. Entre 1927 y 1931, estudia la filosofía en Sarriá (Barcelona) y, por las dificultades políticas de España, es trasladado a Lovaina para continuar sus estudios. Desde 1931 hasta 1935 permanece en Lovaina, concluye la teología y realiza el Doctorado en Pedagogía con la tesis «Le système pédagogique de Dewey devant les exigences de la doctrine catholique». En agosto de 1933, es ordenado sacerdote en Lovaina por el Arzobispo de Malinas, el Cardenal Josef Ernest van Roey. En 1934, colabora en la fundación de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.¹¹

De regreso en Chile, en enero de 1936, comienza su apostolado con jóvenes. En su ministerio sacerdotal, el Padre Hurtado se dedica al apostolado pedagógico, a los Ejercicios Espirituales, a la promoción de vocaciones sacerdotales y a la enseñanza en el Colegio San Ignacio, en la Universidad Católica y en el Seminario Pontificio. Además, desde 1936, junto a otros jesuitas, trabaja pastoralmente en una población obrera de la periferia de Santiago.

Durante los años 1936 y 1937 publica, en *La Revista Católica* y en *Estudios*, una amplia serie de artículos sobre psicología pedagógica, un opúsculo sobre la escasez de sacerdotes y dos breves libros sobre pedagogía de la afectividad: *La crisis sacerdotal en Chile* (1936, 29 pp.); *La vida afectiva en la adolescencia* (1937, 80 pp.) y *La crisis de la pubertad y la educación de la castidad* (1937, 102 pp.). Llama la atención la positiva valoración de las estadísticas, que, en sus palabras, «dicen la verdad con un lenguaje que no puede ser discutido».¹²

¹⁰ Estas dos obras, *Reglamentación del trabajo de los niños* (1921) y *El trabajo a domicilio* (1923), han vuelto a ser publicadas: A. HURTADO CRUCHAGA, *Obras jurídicas completas. Con estudio preliminar de Pedro Irureta Uriarte*, Santiago, 2005, 391 pp.

¹¹ Cf. S. FERNÁNDEZ, «Relación del Padre Alberto Hurtado S.J....». Actualmente, el edificio de la Facultad de Teología lleva el nombre de San Alberto Hurtado.

¹² *La crisis sacerdotal en Chile*, 4.

Su ministerio está marcado, desde los primeros años, por la contradicción: se le critica primero por su orientación pedagógica y su falta de apoyo al Partido Conservador, y, más tarde, por profesar ideas sociales avanzadas,¹³ pero siempre cuenta con el apoyo de sus superiores.

En 1941, el Padre Hurtado fue nombrado Asesor diocesano y luego nacional, de la Juventud Masculina de la Acción Católica. Recorre Chile animando los centros de la Acción Católica. El mismo año, publica *¿Es Chile un país católico?*, libro que produce un hondo impacto en la sociedad chilena, no exento de polémicas.¹⁴ Su actuación tiene enormes frutos. Hasta que, en noviembre de 1944, recrudecen serias diferencias de criterio con Mons. Salinas, Asesor General de la Acción Católica y obispo auxiliar de Santiago, y el Padre Hurtado renuncia de modo indeclinable a su cargo.

El mes anterior a su renuncia, es decir, en octubre de 1944, se encuentra con un mendigo, en el que el Padre Hurtado reconoce a Cristo mismo; este encuentro lo impulsa a fundar una de sus obras más significativas: el Hogar de Cristo. De este modo, a partir de 1945, a sus habituales actividades pastorales, se agrega una gran dedicación a los 'sin casa', por medio de esta nueva obra.

A fines de septiembre, Alberto Hurtado viajó a EE.UU., para realizar, estudios sociales en la Universidad Católica de Washington. Conoció el *Rural Life Movement* de Mons. O'Hara (Kansas). Asistió a clases con Mons. Fulton Sheen y el P. Russell, y entró en contacto con el P. Courtnay Murray, S.J. Además, viaja a Canadá para estudiar la *Union des Cultivateurs, l'École Sociale Populaire, The School of Social Sciences*, la JOC y la LOC.

De regreso en Chile, continúa sus actividades pastorales: Ejercicios, dirección espiritual, trabajo vocacional, etc., y su labor en el Hogar de Cristo crece con gran rapidez. En septiembre de 1947 publicó *Humanismo social*. Trabaja para formar círculos de estudio de Doctrina Social de la Iglesia y da los primeros pasos para la fundación de la ASICH (*Acción Sindical de Chile*). El 15 septiembre fue elegido Superior General de la Compañía de Jesús el P. Juan Bautista Janssens, lo que significó una situación mucho más favorable para el Padre Hurtado al interior de la Compañía.¹⁵

¹³ *Cartas e informes del Padre Hurtado*, 113-139, 265-280.

¹⁴ Es interesante notar que el Padre Hurtado publica *¿Es Chile un país católico?* en 1941, es decir, un par de años antes de *France, pays de mission?* de Godin y Daniel de 1943. Sobre las reacciones al libro, ver P. ESPINOSA, «¿Es Chile un país católico?».

¹⁵ El Padre J.-B. Janssens, como superior en Lovaina, apreció mucho a Alberto Hurtado. En 1934 presidió la defensa de su tesis doctoral. En una carta destinada al Provincial, el Padre Janssens afirma: «permitanse, desde ahora, testificarle a Usted de cuán grande edificación nos ha sido a todos el Padre Hurtado, por su piedad, regularidad, ardor en los estudios y constancia, caridad, discreción, buen trato con todos, ciertamente ha ido delante de los compañeros por su ejemplo. Es querido de todos. Juzgo que el Señor ha destinado a su Provincia un hombre verdaderamente eximio» (Carta de J.-B. Janssens al Provincial, del 22 de febrero de 1933, en el *Archivo de la Provincia Chilena de la Compañía de Jesús*).

A fines de 1947 San Alberto realiza un importante viaje a Europa.¹⁶ Con la bendición de su superior, parte a París a fines de julio de 1947. Participa en la 34ª *Semana Social* de Francia, visita a los sacerdotes de la *Misión de Francia* y conversa con el Cardenal Suhard. Entre el 9 y el 15 de agosto, permanece en *L'Action Populaire*. Entre el 17 y el 23 de agosto, participa en la *Semana Internacional* de los jesuitas en Versalles, donde expone: *Les problèmes du Chili*. A fines de agosto, viaja a España, pasando por Lourdes, y permanece algunos días en Madrid y Barcelona, peregrinó a Fátima, y visitó la leprosería de Fontilles. De regreso, permanece un par de días con los sacerdotes obreros en Marsella. Luego, asistió al congreso de pastoral litúrgica *Le Jour du Seigneur*, en Lyon. El 21 y 22 de septiembre, participó de la Sesión de Asesores de la Juventud Obrera Católica. Entre el 2 y 9 de octubre, en Roma, tuvo tres entrevistas con el Padre Janssens, General de la Compañía, quien lo anima al trabajo social y le pide ayuda para la elaboración de la famosa instrucción sobre el Apostolado Social. El 18 de octubre, tuvo una audiencia especial con Su Santidad el Papa Pío XII; Alberto Hurtado le expone la situación social del catolicismo en Chile y le pide la bendición para su proyecto de trabajo social. Posteriormente, Mons. Tardini, a nombre del Santo Padre, alentó calurosamente su plan de trabajo social. Visita también a Mons. Montini, futuro Papa Pablo VI, y a Jacques Maritain. De vuelta a Francia, permanece en *Économie et Humanisme* con el Padre Lebreton, del 28 de octubre al 16 de noviembre. Después de este intensísimo itinerario permanece un par de meses en París, estudiando y escribiendo, en la residencia jesuita *Les Études*. Sólo se ausentó unos días para participar en un congreso de moralistas, cerca de Lyon, con la ponencia *Église et État*. El 20 de enero comienza su regreso a Chile, pasando por Irlanda, Inglaterra, Portugal y Argentina, y el 8 de febrero llegó a Chile.

El significativo viaje a Europa impulsa su proyecto de trabajo social y su deseo de enfrentar intelectualmente el problema social. Cada vez con más fuerza, insiste en que «el gran problema de nuestro siglo es la pérdida del sentido de Dios». Busca concentrar sus trabajos para no dispersarse en demasiadas actividades. Pide a su superior más tiempo para 'pensar', y funda y dirige la *Revista Mensaje*, para enfrentar, a buen nivel intelectual, los problemas contemporáneos a la luz del Evangelio. Continúa con mucho fruto su trabajo en el mundo sindical, por medio de la ASICH. Publica dos obras de gran significado: *El Orden Social Cristiano en los Documentos de la Jerarquía Católica*, en dos volúmenes, Santiago 1948 (vol. I, 533 pp. y vol. II, 283 pp.), y *Sindicalismo. Historia, teoría y práctica*, Santiago 1950 (270 pp.), que son testimonio de su gran capacidad intelectual. Además, habría que mencionar su libro *Moral social*, redactado en 1952, pero publicado sólo en 2004, por el Prof. Patricio Miranda.¹⁷

¹⁶ Una presentación detallada y muy bien documentada de este viaje se encuentra en el apéndice final de *La búsqueda de Dios*, 277-293, y, sobre todo, en M. CLAVERO, «Un punto de inflexión».

¹⁷ *Moral social. Obra póstuma del Padre Hurtado, S.J., Escritos inéditos del Padre Hurtado, S.J.*, Vol. 3, edición, presentación y notas de Patricio Miranda Rebeco, Santiago, 2004.

A fines de 1951, decae su salud. Durante esta última etapa, predica mucho sobre el sentido de Dios y proyecta escribir algo sobre el sentido del pobre. Por su salud, es enviado a descansar fuera de Santiago. Ya en el Hospital, redacta los estatutos de la *Fraternidad del Hogar de Cristo* (una agrupación de laicos destinada a ser el alma del *Hogar de Cristo*). Sus últimas semanas son la prolongación de una vida de donación a Dios y a los demás, dando un generoso ejemplo de alegría y de entrega. El 18 de agosto de 1952, a las 17.00 hrs., muere en el Hospital Clínico de la Universidad Católica.

Contexto del compromiso social

Situación social

El mundo de la posguerra

El pensamiento social del Padre Hurtado, en el período de su madurez, está marcado por el ambiente de la posguerra. Alberto Hurtado siguió la Segunda Guerra Mundial con clara conciencia de sus horrores y de sus inhumanas consecuencias de muerte, dolor, destrucción de familias, deportaciones, etc. Pero, a la vez, la guerra era vista como una ocasión para revelar el heroísmo del que es capaz el ser humano, y la perspectiva de la reconstrucción del mundo de la posguerra animaba una mirada de esperanza hacia el nacimiento de una nueva sociedad.¹⁸

Esta mirada de cierto optimismo va a experimentar un fuerte cambio a partir del año 1948. En vez de la esperada generación «purificada por la sangre y el fuego» surgía una juventud escéptica, burlona e irónica, incapaz de creer y de comprometerse, después de haber presenciado tantos y tan dolorosos fracasos. A estas desgracias se unía el fantasma de la guerra atómica. Pero esta desilusión se vuelve un estímulo para esperar algo mejor: «Pocas veces en la historia han estado los hombres tan descontentos de la vida, ni tan conscientes de la necesidad de una liberación como ahora».¹⁹

Los sistemas que «se disputan el mundo»

El pensamiento social de Alberto Hurtado está elaborado en un clima de grandes tensiones ideológicas. Diversos sistemas opuestos se disputaban el mundo ofreciendo soluciones totales y contradictorias. Varias conferencias de Alberto Hurtado contienen el mismo esquema: Las tres soluciones que se dis-

¹⁸ En pleno conflicto armado, es decir, en 1943, el Padre Hurtado, refiriéndose a la guerra, afirma: «para purificar el mundo paganizado ha sido necesaria esta ola de sangre y fuego. Consumida la escoria subsistirá el metal vivo» (*Moral social. Punta Arenas*, 1943, APH s57y12).

¹⁹ *Et tenebrae factae sunt*, 1951, APH s45y22. Cf. *El alma del joven de la posguerra*, 1950, APH s58y12.

putan el mundo: marxismo, nazismo y capitalismo, y la solución cristiana. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, el nazismo había conocido su total derrumbe. Entonces, al menos a los ojos occidentales, el mundo se debatía entre dos sistemas: el marxismo y el capitalismo.

El Padre Hurtado concibe al marxismo como el sistema «que aspira a nivelar las desigualdades humanas». Esta solución ha conmovido al mundo no sólo por las ventajas materiales que pretende ofrecer, sino «por la redención que promete, por la justicia que anhela implantar, por su visión integral, por un hambre de justicia».²⁰ Los comunistas se han alzado contra injusticias bien reales, por ello, insiste: Rechazamos el comunismo no por que pida demasiado, sino porque da demasiado poco, y a un precio excesivamente caro. Este precio excesivo es la pérdida de la libertad y la exclusión de Dios, lo que implica la degradación del hombre, pues niega a Dios, el alma y la vida eterna.²¹ Considera al hombre como un «conjunto de relaciones sociales», por eso se interesa sólo por el cambio de estructuras sociales y desprecia los intentos de reforma de los individuos.

Al capitalismo, por el contrario, lo presenta como el sistema en que prima el dinero sobre el hombre. La economía que sustenta está dominada por el interés. Todo está organizado en función del lucro, no del bien común. Al capitalismo no le interesa el hombre, sino la producción. En la práctica (no tanto en la teoría), este sistema también implica la negación de Dios, pues «su dios es el dinero», y el olvido del hombre, que queda subordinado al dinero.²²

De este modo, tanto el marxismo como el capitalismo, ya sea de modo teórico o práctico, niegan a Dios y someten al hombre a las estructuras sociales o al mercado, privándolo de su verdadero valor, libertad y trascendencia.

La esclavitud del hombre

Ya sea por la sumisión al Estado o al dinero, y la negación de Dios que ella implica, el hombre queda privado de su verdadera libertad. Cuando el progreso está desvinculado de Dios y de la moral, se vuelve una fuente de esclavitud: «Habrán progreso, si todo se pone realmente al servicio del hombre, esto es, si se somete a la moral, lo que es lo mismo que decir, si se devuelve a Dios su sitio».²³ Por otro lado, las causas de la esclavitud no están sólo en las

²⁰ *Problema psicológico*, 1948, APH s26y11f.

²¹ Cf. *Moral social*, 181-195. Cf. *¿Cómo reconstruir un mundo en ruinas?*, 1948, APH s57y11; *Problema psicológico*, 1948, APH s26y11f; *Cristianismo frente al comunismo*, 1951, APH s34y14; *La liberación del hombre*, 1951, APH s46y22a; *Identidad moral y revolución*, 1951, APH s26y12.

²² Cf. *Moral social*, 164-173; *Juventud Obrera Católica*, 1943, APH s20y27; *Reformas de las estructuras sociales*, 1948, APH s26y09; *La razón de ser del sindicato*, 1951, APH s26y08.

²³ *Testimonio de Fe*, 1951, APH s45y09. Cf. «La pretendida dominación del hombre sobre las cosas lleva a la peor de las servidumbres. ¿Somos los dueños de nuestros descubrimientos o somos esclavos? La bomba atómica ¿no ha establecido en el mundo el reino del terror?» (*Crisis socio-religiosa hoy*, 1951, APH s57y08).

estructuras sociales: el hombre también es prisionero de su propia mediocridad.²⁴ En pocas líneas, con gran fuerza, el Padre Hurtado describe la dramática situación del ser humano: «Al ver al hombre moderno aprisionado [...], su alma tan grande y sus esperanzas tan cortas, al verlo sacrificarse tanto por cosas que valen tan poco, al ver las ilusiones que forjan en su alma los materialistas... Deslígate, libérate... Y ¿quién los liberará?»²⁵

El hombre, víctima del sistema que lo rodea y víctima de sí mismo, requiere liberación, pero, ¿quién lo liberará? Esta conmovedora descripción del mundo no implica una visión fatalista de la historia. Con un optimismo fundado en la fe, declara: «Yo antes creía que [la solución] sólo podía darla la Iglesia. Ahora no lo creo, lo veo».²⁶ El Padre Hurtado está convencido del realismo del evangelio. La solución cristiana no es menos radical que las demás. Por ello, frente a las injusticias que rechaza el comunismo, el cristiano responde con «una rebelión aún más franca y más total, en nombre de Dios y por la doctrina de Cristo».²⁷ El cristianismo no es un sustituto menos severo de otras propuestas, ni una vía media; es una respuesta más radical.

La Jerarquía Católica y el problema social

Alberto Hurtado percibe la necesaria vinculación del cristianismo con la preocupación social como un redescubrimiento reciente: «Lo específico de nuestro tiempo: el despertar más vivo de nuestra conciencia social, las aplicaciones de nuestra fe a los problemas del momento, ahora más angustiosos que nunca».²⁸ Y presenta este redescubrimiento como un fruto de la enseñanza de la Iglesia, particularmente del Magisterio pontificio.²⁹

En su contexto eclesial debe defender - contra el liberalismo - la competencia de la Iglesia en temas sociales, pues los católicos liberales restringían el ámbito de competencia de la Jerarquía, no de los laicos católicos, a las cuestiones estrictamente religiosas. La posición del Padre Hurtado fue expresada en el capítulo XXIII de *Puntos de Educación*, y luego precisada en un documento llamado *Acción Católica y Política*.³⁰ Según él, la Jerarquía de la Iglesia no pretende, y no debe, entrar en cuestiones político-técnicas o en política partidista, pero sí en las cuestiones políticas que tienen que ver con la moral.³¹

²⁴ *La liberación del hombre*, 1951, APH s46y22a.

²⁵ *La búsqueda de Dios*, 211-212.

²⁶ *Problema psicológico*, 1948, APH s26y11f. Cf. *Un disparo a la eternidad*, 149-151.

²⁷ *Cristianismo frente al comunismo*, 1951, APH s34y14.

²⁸ *Discurso Caupolicán*, 1943, APH s19y27.

²⁹ Cf. *Influencia social de la educación por la caridad*, 1944, APH s25y01.

³⁰ *Acción Católica y Política*, 1942, APH s20y30.

³¹ Cf. *¿Es Chile un país católico?*, 177.

En este escenario eclesial y social, tenso y polémico, San Alberto encuentra su gran apoyo en la enseñanza oficial de la Iglesia. Frente a un ambiente que se resiste a asumir las consecuencias sociales de la fe cristiana, será precisamente la enseñanza Pontificia su punto de apoyo para los temas sociales. Se preocupa, además de fundamentar teológicamente el recurso al Magisterio: «La unidad visible de este cuerpo visible [la Iglesia] viene de quien más directamente representa a Cristo, de quien por Él ha sido encargado de conservar y proteger esta unidad: del Papa [...]. Por esto, es imposible buscar una solución social cualquiera prescindiendo de la autoridad del representante de Cristo».³²

Algo semejante le escribe a Mons. O'Hara, obispo de Kansas, durante sus estudios en Washington, en diciembre de 1945, al tiempo que preparaba una publicación sistemática de los documentos del magisterio social de la Iglesia: «Como Usted sabe, entre nuestros sacerdotes en Chile, hay tantos modos de pensar sobre las doctrinas sociales, que la única idea que puede unirnos es la enseñanza jerárquica».³³ Algunos católicos - observa el Padre Hurtado - aceptan la autoridad de la Iglesia para temas dogmáticos y de moral individual, «pero le niegan abiertamente [a la Iglesia] el derecho de inmiscuirse en el terreno social».³⁴ Alberto Hurtado considera un escándalo esta resistencia a aceptar la enseñanza social de la Iglesia, pues «las normas del Santo Padre son indiscutibles para el verdadero creyente».³⁵

Dilemas ante el problema social

Una vez establecida la necesidad y legitimidad de la intervención eclesial en terreno social, se debe enfrentar algunos dilemas: ¿Romper con el mundo o adaptarse al mundo? ¿Conquistar el mundo o encarnarse en el mundo? ¿Reformar al hombre o reformar a la sociedad? ¿El Evangelio o la técnica? ¿Justicia o caridad?

¿Romper con el mundo o adaptarse al mundo?

Los partidarios de la ruptura no reconocen ningún elemento positivo en el mundo y, por lo tanto, renuncian a intervenir en la sociedad.³⁶ Para ellos, la esperanza escatológica sería la única salida, por eso, recuerda el Padre Hurtado,

³² *La búsqueda de Dios*, 102.

³³ «As you know, there are so many ways of thinking about social doctrines in Chile, among our Priests, that the only idea which can give union to us is the Hierarchical teaching» (*Carta a Edwin O'Hara*, 1945, APH s70y132).

³⁴ *Por qué hablar*, 1947, APH s24y04.

³⁵ *Actitud de espíritu con que debe abordarse OSC*, 1946, APH s24y05. El Padre Hurtado habla del «escándalo de la resistencia capitalista al Papa» (*Por qué hablar*, 1947, APH s24y04). Cf. *Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado*, 204-205; *La búsqueda de Dios*, 103-104.

³⁶ *El sentido de Dios*, 1948, APH s45y10.

«ideas como el Milenio, reflorecen».³⁷ Alberto Hurtado opta, con matices, por la segunda postura, es decir, por la adaptación al mundo. Esta postura valora las realidades humanas. Su cumbre se encuentra en el movimiento de los sacerdotes obreros. Movimiento que atrajo mucho al Padre Hurtado, pero ante el cual fue lúcidamente crítico.³⁸ Su afinidad por la adaptación al mundo no es ingenua. Los riesgos de esta postura, que no toma en cuenta la ambigüedad del mundo, son comprender la acción de la Iglesia como una pura adaptación al ambiente, hasta transformarla sólo en testimonio humano, lo que implicaría 'naturalizar' la acción eclesial, renunciando a la predicación explícita.³⁹

¿Conquistar el mundo o encarnarse en el mundo?

El Padre Hurtado reflexionó mucho sobre los cambios producidos en la juventud de la posguerra, juventud dominada por la pérdida de fe en lo colectivo y más atraída al simple testimonio de grupos pequeños. En una interesante conferencia, pronunciada en 1950, describe el cambio: «Hace algunos años el joven creía en los movimientos. Ahora en ninguno: la Acción Católica... Los grandes movimientos de masa. La Juventud Obrera Católica: su himno: 'conquistar el mundo', 'crear un mundo nuevo'. Ahora, únicamente: 'dar testimonio', 'encarnarse'».⁴⁰

La confianza en lo colectivo, marcada por la fe en los grandes programas, había dominado el espíritu de los movimientos totalitarios. Con una buena cuota de autocrítica, el Padre Hurtado reconoce que este espíritu había penetrado también en las juventudes católicas.⁴¹ El programa de la conquista del mundo, con el riesgo del proselitismo y triunfalismo, deja el lugar al programa

³⁷ *El alma del joven de la posguerra*, 1950, APH s58y12, cf. *Psicología de la juventud*, 1951, APH s08y04. En Chile, en la primera mitad del siglo XX, había una corriente milenarista bastante desarrollada. La obra de Manuel Lacunza era reeditada y estudiada, cf. F. PARRA, *El Reino que ha de venir. Historia y Esperanza en la obra de Manuel Lacunza*, Santiago, 1993, 19-26. Una interesante descripción de los círculos milenaristas chilenos se encuentra en R. MILLAR CARVACHO, *Pasión de servicio. Julio Philippi Izquierdo*, Santiago, 2005, 63-75.

³⁸ Esta valoración crítica se encuentra en un documento escrito por Alberto Hurtado, *El sacerdote obrero*, 1947, APH s46y17, y que lleva por subtítulo *Lo esencial, lo accidental, lo criticable en los movimientos de encarnación obrera, del testimonio de la caridad de Cristo, tales como se presentan en Francia 1947*. Este texto está publicado en A. LAVÍN, *Vocación social del Padre Hurtado, apóstol de Jesucristo*, Santiago, 1978, 123-126. Cf. M. CLAVERO, «Un punto de inflexión», 315-317.

³⁹ Cf. *El sacerdote obrero*, 1947, APH s46y17.

⁴⁰ *El alma del joven de la posguerra*, 1950, APH s58y12.

⁴¹ *Psicología de la juventud*, 1951, APH s08y04: «Aun las juventudes católicas participaban de este espíritu: el culto del jefe, los grandes congresos, los desfiles deslumbradores, los coros hablados, las afirmaciones decididas. Los jocistas proclaman con seguridad en sus congresos: "Volveremos a hacer cristiano al mundo". Diez años más tarde, al volver a tomar contacto con ellos, en Francia, en vez de afirmaciones rotundas se les oía hablar modestamente de su 'humilde testimonio', de 'encarnarse en la masa', para preocuparse de sus problemas».

del humilde y silencioso testimonio de la encarnación, es decir, la inserción oculta en medio de la masa. Alberto Hurtado destaca mucho el valor del testimonio,⁴² pero, a la vez, declara la insuficiencia del solo testimonio, pues el cristiano, en virtud de la misma encarnación, no puede renunciar a intervenir en el mundo para transformar su misma estructura.⁴³

¿Reformar al hombre o reformar a la sociedad?

Ante esta pregunta, el pensamiento de Alberto Hurtado, y la misma conciencia eclesial, experimenta una notoria evolución. Es el tiempo del nacimiento de la moral social como disciplina.⁴⁴ En sus primeros años de apostolado en Chile, el Padre Hurtado afirma que la Iglesia debe interesarse e intervenir en la cuestión social, pero el modo de intervenir es la transformación de los individuos. Pero, a partir de 1944 y más aún después de 1947, comienza a insistir en la insuficiencia de la solución individual a los problemas sociales y la necesidad del cambio estructural.⁴⁵ La labor de los cristianos no puede reducirse a la caridad individual. «Su antropología es una antropología social, lo cual le permite formular una verdadera Moral Social, como un tratado aparte dentro de la Teología Moral, lo cual constituyó una novedad en su tiempo».⁴⁶ Es necesario dar soluciones sociales a los problemas sociales: «No bastan las soluciones privadas para resolver un problema nacional, ni bastan las resoluciones nacionales para resolver un problema universal»;⁴⁷ y asimismo, «un problema de moral personal y social debe tener una solución de tipo personal y social».⁴⁸ La estructura social no es moralmente neutra.

⁴² Cf. *Confirmación*, 1948, APH s58y17; *Testimonio de Fe*, 1951, APH s45y09.

⁴³ Cf. *El alma del joven de la posguerra*, 1950, APH s58y12.

⁴⁴ El Padre Hurtado es consciente de esta evolución: «Es cierto que la moral durante mucho tiempo ha dado preferencia al aspecto individual [...]; la moral social como rama propia es de origen reciente» (*Moral social*, 23). Cf. P. MIRANDA, *Preludios del aggiornamento de la Moral Social en América Latina*, 159-184; V. GÓMEZ MIER, *La Refundación de la Moral Católica. Cambios de matriz disciplinar después del Concilio Vaticano II*, Navarra, 1995; A. FERNÁNDEZ, *Teología Moral. Moral social, económica y política* (t. III), Burgos, 21996.

⁴⁵ Cf. *La misión social del universitario católico*, 1948, APH s20y07; *Reforma de estructuras*, 1948, s24y07 y, el texto más depurado *Reformas de las estructuras sociales*, 1948, APH s26y09; *¿Cómo reconstruir un mundo en ruinas?*, 1948, APH s57y11 y, además, *Resumen*, 1951, APH s26y14; *Identidad moral y revolución*, 1951, APH s26y12; *La liberación del hombre*, 1951, APH s46y22a. Cf. S. FERNÁNDEZ, «¿Reformar al individuo o reformar la sociedad? Un punto central en el desarrollo cronológico del pensamiento social de San Alberto Hurtado» en *Teología y Vida* 49 (2008) 515-544.

⁴⁶ T. MIESUD, *El sentido social*, 87.

⁴⁷ *La búsqueda de Dios*, 155. Cf. *¿Cómo reconstruir un mundo en ruinas?*, 1948, APH s57y11: «Los predicadores decimos: ¡Tened hijos! ¡Pero ¿nos hemos preocupado de dar solución social a un problema que no es precisamente individual?! ¡La sociedad en pecado mortal!».

⁴⁸ *Moral social*, 63.

El Padre Hurtado otorga máxima importancia a la transformación del hombre, pero concibe la relación entre lo individual y lo social como un diálogo «de ida y vuelta». Estos conceptos, alcanzan una síntesis en su última obra, de 1952, su libro *Moral social*:

La moral cristiana concede un gran valor a las instituciones, conoce su influencia sobre el desarrollo de la persona, pero - a diferencia de los marxistas - sabe perfectamente que la reforma social no se conseguirá con la sola reforma de las instituciones, si no va acompañada de una reforma de conciencias. Ni la una ni la otra separadamente serán suficientes. Ambas se complementan.⁴⁹

El texto valora el cambio estructural, y, a la vez, reacciona contra la postura marxista que pretende que «la conciencia [humana] está determinada por condiciones sociales».⁵⁰ En síntesis, considera necesaria tanto la reforma individual como la reforma estructural.

¿El Evangelio o la técnica?

Otra disyuntiva se plantea entre resolver los problemas sociales por medio de principios evangélicos o de soluciones técnicas. Alberto Hurtado reconoce, como algo bien definido, la autonomía relativa y, a la vez, la complejidad de las soluciones técnicas en ámbito social y, por tanto, la incompetencia del moralista para dictar soluciones técnicas.⁵¹ La acción de los católicos requiere «la cooperación inteligente de los técnicos que estudien el conjunto económico social [...] y proponga medidas eficaces».⁵² Esta afirmación supone la distinción de planos entre los principios de moral social, propuestos por el Magisterio, y la voz de los técnicos, que toman en cuenta tanto el Magisterio como la complejidad de los sistemas sociales, y proponen soluciones concretas:

Algunos moralistas son excesivamente simplistas. Afirman que la cuestión social es un problema moral; que basta vivir el Evangelio, o realizar las encíclicas para solucionarlo, y hacen con esto un daño inmenso. Lo menos que se les puede echar en cara es su simplismo. Los problemas sociales son morales, pero no son sólo morales: encarnan también problemas técnicos que han de ser resueltos para poder aplicar normalmente los principios.⁵³

⁴⁹ *Moral social*, 225.

⁵⁰ *Resumen*, 1951, APH s26y14. Cf. J. DE LACROIX, «L'homme marxiste» en *Le catholicisme social face aux grands courants contemporains: Compte rendu in extenso des cours et conférences, Semaines sociales de France, Paris 1947, 34^e session, Paris, 1947, 127-153.*

⁵¹ En una carta de 1948 en que justifica su proceder en terreno social, afirma: «en lo que he hecho hasta aquí he procurado nunca dar soluciones técnicas, principio para mí muy definido, dentro del campo católico» (*Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado*, 169).

⁵² *La búsqueda de Dios*, 157.

⁵³ *Moral social*, 28.

Estas afirmaciones indican, por una parte, una limitación en el ámbito de competencia de la teología moral en cuestiones sociales y, por lo tanto, la autonomía relativa de las soluciones técnicas en terreno social, y, por otra parte, un incentivo a los católicos a interesarse no sólo en los principios morales, sino también en los medios técnicos para resolver los problemas sociales.

¿Justicia o caridad?

La relación entre estas dos virtudes está vinculada con el dilema entre la transformación individual o social. La relación es compleja porque el Padre Hurtado utiliza el término 'caridad' en diferentes sentidos. A veces, sigue el uso común (como sinónimo de limosna), que reconoce degradado; y otras veces habla de caridad en su sentido auténtico (como sinónimo de donación de sí). Así se explica por qué, en algunas ocasiones, afirma que la justicia es superior a la caridad (mal entendida) y, en otras, por el contrario, presenta la caridad (bien entendida) como superior a la justicia.

Triste es constatar, como símbolo de religión muerta y de la apostasía del mundo moderno, la degradación sufrida por la palabra caridad en nuestro tiempo. Ha perdido su profundo sentido vital y se la ha llegado a identificar con la beneficencia social, con la limosna [...] y está teñida de cierto color de protección social y de egoísta satisfacción.⁵⁴

Esta mala comprensión identifica la caridad con una benevolencia optativa, con una limosna que a veces ofende y, lo que es más grave, elude la justicia. De acuerdo a esta mala comprensión, parece más fácil ser caritativo que justo: pues, es más fácil dar limosna que pagar sueldos justos; se da menos que lo que exige la justicia, pero se ostenta como si se diera más.⁵⁵ La caridad así entendida es inferior a la justicia. En realidad, la caridad se puede practicar auténticamente sólo allí donde la justicia se observa: «La caridad tiene un presupuesto, un pedestal macizo, que suele olvidarse: es la justicia. A veces se coloca la caridad sobre pedestal de cartón, y se viene abajo».⁵⁶

Esta metáfora expresa bien el pensamiento de Alberto Hurtado acerca de la relación entre justicia y caridad. Así se entiende que afirme que hay que ser «justos antes que generosos» o que «la caridad comienza donde termina la justicia».⁵⁷

⁵⁴ *Amor*, 1946, APH s51y20.

⁵⁵ Cf. *La búsqueda de Dios*, 88-92; *Quinto día dedicado a la caridad*, 1944, APH s51y15; *Justicia*, 1946, APH s46y07; *Amor*, 1946, APH s51y20. En *Moral social*, pp. 322-324, ofrecerá una presentación del sentido auténtico de la limosna.

⁵⁶ *Quinto día dedicado a la caridad*, 1944, APH s51y15.

⁵⁷ *Justicia*, 1946, APH s46y07. Un texto de 1947 informa la fuente de esta frase: «[Alberto] De Mun personalmente ofrece un hermoso ejemplo de sinceridad social: noble, monárquico, acepta a pesar del inmenso dolor que le significa, la República; vota la ley de sindicatos. El grupo que él dirige declara en 1883: "La caridad no comienza sino cuando ha sido satisfecha la justicia"» (*La descristianización de Francia*, 1947, APH s29y01).

Entonces, sólo cuando se apoya sobre una sólida justicia, la caridad es superior a la justicia. La caridad supera la justicia, pues sobrepasa lo obligatorio: «La señal del cristiano no es la espada símbolo de la fuerza, ni la balanza símbolo de la justicia, sino la cruz símbolo del amor». ⁵⁸ «Ser testigo de Cristo significa cumplir con todas mis obligaciones de justicia frente al prójimo, de justicia en primer lugar, y luego superarlas con una espléndida caridad que vaya a llenar lo que la justicia no ha podido colmar». ⁵⁹

En el sentido auténtico, la caridad es la cumbre de la fe cristiana. La justicia debe estar primero, pero ella no es suficiente, debe ser superada y coronada por la caridad. En *Moral social* insiste en la complementariedad de la justicia y la caridad:

Justicia y caridad se complementan. Una caridad que no tiene la fuerza de movernos a dar a nuestros hermanos lo que les debemos, no es verdadera caridad. Y justicia no animada de caridad es, en la práctica, una palabra vana. ¿Cómo podemos esperar que el hombre caído salga de sí mismo y dé a su hermano lo que le debe si no está animado por el fuego de la caridad y el poder de la gracia? [...]. Ha sido la caridad la que ha hecho progresar la justicia [...]. Esto no quiere decir que con el tiempo pueda pensarse que la caridad llegue a ser inútil. Por más que se avance en las instituciones de justicia quedará inalterable el sitio y el primado de la caridad. ⁶⁰

En síntesis, San Alberto es consciente de que el cristianismo debe adaptarse al mundo, y no romper con él, y, a la vez, tiene claro que entre el mundo y el Evangelio no sólo hay comunión, sino también conflicto. Por otra parte, una vez abandonado un modelo de conquista del mundo (cerca a los movimientos totalitarios), el Padre Hurtado cree en el valor del testimonio, pero reconoce que la acción eclesial no puede reducirse al silencioso testimonio, sino que debe valerse de la predicación y mantener el ideal de la transformación del mundo. Entre la reforma estructural y la individual, declara la insuficiencia y la necesidad de ambas, otorgando la prioridad a la reforma del hombre. Reconoce la autonomía relativa de la técnica en las soluciones sociales como un principio bien definido, dando a la técnica y a la moral su ámbito propio. Y, finalmente, afirma que la caridad que disculpa de la justicia, en realidad, no es caridad; la caridad es auténtica sólo cuando se apoya en la justicia; esta caridad auténtica es la que supera y tiene el primado por sobre la justicia.

⁵⁸ *La búsqueda de Dios*, 134.

⁵⁹ *Et eritis mihi testes*, 1946, APH s58y08.

⁶⁰ *Moral social*, 221.

Fundamentos teológicos del compromiso social

Una importante conferencia de 1950 relaciona convicciones teológicas con opciones económicas, lo que justifica el tema del presente artículo, es decir, la búsqueda de las bases teológicas del compromiso social: «La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo ocupa el primer lugar en nuestra posición teológica, y la distribución y uso de los bienes es el punto de arranque de toda sociología. No hay duda, como vamos a verlo, que nuestra visión teológica señalará rumbos precisos a nuestra posición económica».⁶¹

Entonces, la visión teológica señala el rumbo de la acción económica, pues, «toda acción es la proyección de un ideal».⁶² Esta afirmación justifica la vinculación entre la comprensión del misterio de Cristo y el modo de entablar las relaciones sociales y, en este caso, económicas. De hecho, en *Humanismo social* desarrolla el «Fundamento teológico de la caridad».⁶³ Por ello puede afirmar que «el problema social es un problema de origen dogmático».⁶⁴ En su libro *Moral social* da la clave para abordar este central tema:

Los diversos sistemas de moral social que se enfrentan hoy día se diversifican y se oponen más que por una apreciación diferente del uso de los medios económicos, por una diferente filosofía acerca de Dios, del hombre, del mundo. Una visión materialista y una espiritualista tendrán desde la partida concepciones totalmente opuestas del hombre, de la libertad y de las riquezas, que habrán de repercutir en los problemas sociales, económicos y hasta en los técnicos.⁶⁵

En perfecta consecuencia con las afirmaciones de *Moral social*, San Alberto Hurtado se esfuerza por mostrar la unidad entre las convicciones básicas frente a Dios, al mundo y al hombre, y una determinada acción social. El verdadero motivo que puede fundamentar las exigencias sociales del cristianismo es, naturalmente, la fe en Dios y en la persona de Cristo. No se puede reemplazar el contacto con Dios por una regla moral, ni la persona de Cristo por la casuística.⁶⁶ Todo esto muestra la imposibilidad de comprender el compromiso social de Alberto Hurtado sin tener en cuenta sus convicciones de fe.

⁶¹ *La búsqueda de Dios*, 150.

⁶² Cf. *Moral social*. *Punta Arenas*, 1943, APH s57y12; *Leyes*, 1941, APH s39y11a; *Semana Santa*, 1943, APH s40y15a; *Retiro de Dirigentes de Acción Católica*, 1943, APH s40y15b; *La reconstrucción del hogar*, 1941, APH s55y10; *Cómo reconstruir a Chile de la postguerra*, 1943, APH s57y09.

⁶³ Cf. *Humanismo social*, 28-32.

⁶⁴ *Por qué hablar*, 1947, APH s24y04.

⁶⁵ *Moral social*, 201.

⁶⁶ En una conferencia, afirma: «Los [moralistas] substituyen el íntimo contacto con los valores religiosos por una regla moral. La libertad de los hijos de Dios, reemplazada por una ley formalista. No miden su conducta por el ejemplo de Cristo, sino por la casuística. La religión, vida de alma, se convierte en reglas» (*Mundo y sacerdote*, 1949, APH s56y15).

Dios, fundamento de la moral

Si lo propio del moralismo es reemplazar a Dios por la norma, la actitud contraria se esfuerza por mostrar que el actuar del cristiano se fundamenta en Dios. Según el Padre Hurtado, entonces, no puede haber moral sin Dios:

La descristianización progresiva de la vida, pensaban algunos, que iba a liberar al hombre; y al contrario lo ata a sí mismo, lo esclaviza... Si no hay nada más allí, ni Dios, ni eternidad, si todo termina aquí, ¿para qué sacrificarse? [...]. Al perderse la fe se derrumba todo motivo que justifique honradez y existencia... Fue el error [de los] moralistas, [del] siglo pasado: "Queremos moral pero sin religión"; y al echarla fuera, se quedaron sin religión y sin moral.⁶⁷

Abolida la idea de Dios, no hay moral absoluta, no hay bien ni mal, no hay responsabilidad, no hay derecho, y una cruel tiranía se ha seguido.⁶⁸

En todos estos textos, Alberto Hurtado expresa una convicción muy radical, que condiciona su pensamiento y su acción: Dios es el fundamento de la moral. Esta afirmación es presentada en *Moral social* como un dato que se comprueba por la experiencia:

La práctica se ha encargado de demostrar hasta la saciedad, después de muy tristes experiencias, que una educación moral es imposible si se la separa de una educación religiosa. La moral desligada de la religión carece totalmente de su razón de ser. ¿Qué vale una ley si no tiene o no se conoce el legislador? Se convierte en un puro imperativo humano que puede romperse ante la menor dificultad.⁶⁹

No hay, entonces, moral sin religión. Así se entiende la unidad que el Padre Hurtado propicia entre las convicciones de la fe cristiana y la actuación de los católicos en todos los ámbitos de la vida. La fe en Dios exige un modo de vivir (moral); y, a la vez, un modo de vida exige un fundamento (fe en Dios). Así lo reitera en *Moral social*: «Todo juicio de moral social está condicionado por una actitud íntima frente al problema [de] Dios. Si esta actitud es teórica o prácticamente atea, la moral social cristiana le aparecerá desposeída de todo fundamento, de su fuerza y sentido».⁷⁰

Esta estrecha relación entre Dios y la moral muestra que la dimensión social y la dimensión religiosa no son independientes. La moral social adquiere su fundamento, fuerza y sentido de la fe en Dios. La continuación del texto

⁶⁷ *Los dos grandes peligros de nuestra juventud*, 1949, APH s20y03.

⁶⁸ *Cristianismo frente al comunismo*, 1951, APH s34y14, ciclo de conferencias en el Auditorio del Colegio San Ignacio, sobre Rusia y sus condiciones sociales y religiosas, de junio de 1951.

⁶⁹ *Moral social*, p. 57.

⁷⁰ *Moral social*, p. 202.

de *Moral social* hace pensar que este juicio se apoya de su propia experiencia con sindicalistas y universitarios.⁷¹ Surge el problema de en qué medida el creyente y el no-creyente pueden aspirar a tener una moral común.⁷²

Esta estrecha relación entre fe en Dios y moral social lleva a Alberto Hurtado, un hombre tan consciente del dramatismo y profundidad de los problemas sociales, a afirmar que «el olvido de Dios, tan característico en nuestro siglo, creo que es el error más grave, mucho más grave aún que el olvido de lo social»;⁷³ o bien, en una conferencia titulada Crisis socio-religiosa hoy, después de describir los males del siglo afirma: «En este mundo de males ¿cuál es el mayor mal? o ¿cuál es la causa de tanto mal? La ausencia de Dios».⁷⁴

Así se comprende que el Padre Hurtado denuncie con tanto dramatismo la pérdida del sentido de Dios.⁷⁵ El pretendido humanismo sin Dios, atenta contra el hombre: «Si hay algo que deshumaniza al hombre es su pérdida de Dios».⁷⁶ En el contexto de esta pérdida, la sociedad transforma a Dios en una herramienta al servicio de los intereses humanos, que puede ser «fuerza de conservación o de progreso»,⁷⁷ pero no llega a valorarse en sí mismo. Cuando el hombre olvida su fin último, es decir, su vinculación con Dios, entonces el progreso y las conquistas humanas se vuelven contra el hombre.

Por lo anterior, aún en medio del entusiasmo en favor del catolicismo social que reinaba en Europa en el año 1948, Alberto Hurtado es capaz de percibir sus riesgos de un cristianismo demasiado volcado a la acción: «Esta generación se está lanzando a acciones externas que han hecho olvidar demasiado lo interior, lo sobrenatural. Incluso los movimientos católicos tienen una orientación peligrosa en el sentido de demasiada acción, descuido de los medios pobres, de la

⁷¹ Cf. «Si un grupo de universitarios o de sindicalistas quieren seguir un curso de moral social, pónganse bien claramente de acuerdo sobre este punto de partida antes de seguir adelante: si no todo su estudio carecerá de base» (*Moral social*, 202).

⁷² Este complejo problema no es sucesivamente desarrollado por el Padre Hurtado.

⁷³ *Carta a Hugo Montes*, 1948, APH s63y37.

⁷⁴ *Crisis socio-religiosa hoy*, 1951, APH s57y08.

⁷⁵ Este concepto, «el sentido de Dios», debe mucho a la Carta Pastoral de Cuaresma de 1948: *El sentido de Dios: transcendencia e inmanencia de Dios, respecto al cristiano y a la historia*, del Cardenal de París, E. Suhard, con quien Alberto Hurtado tuvo varias conversaciones en 1947 y 1948 (cf. *La des cristianización de Francia*, 1947, APH s29y01). Sus apuntes dan testimonio del interés del Padre Hurtado por este texto del Cardenal Suhard (cf. *Pérdida sentido de Dios*, 1948, APH s45y08; *El sentido de Dios*, 1948, APH s45y10; *Sentido de Dios*, 1948, APH s55y07). Cf. S. FERNÁNDEZ, «El padre Hurtado y el sentido de Dios» en *La Revista Católica* 1.147 (2005) 186-194.

⁷⁶ *Testimonio de Fe*, 1951, APH s45y09. Este concepto, según la declaración del propio Padre Hurtado, proviene de Henri de LUBAC, *Le drame de l'humanisme athée*.

⁷⁷ Cf. «La religión, en los ojos de muchos que guardan su nombre y aún le conservan un sitio en la jerarquía de valores, conserva únicamente un sentido de herramienta humana, de fuerza de conservación y de progreso, pero no es una adoración y un servicio desinteresado al Creador» (*La búsqueda de Dios*, 123). Crítica unitariamente a conservadores y progresistas de instrumentalizar a Dios, es decir, transformarlo en una herramienta al servicio de los intereses humanos.

vida sacramental». ⁷⁸ Asimismo, en una carta de enero de 1948: «Creo que incluso en la nueva orientación de la Acción Católica demasiado 'engagée', hay un peligro, pues, se está descuidando demasiado la formación sobrenatural; esto los va a dejar a corto plazo sin dirigentes auténticamente cristianos, sino con hombres de mística social, pero no cristiano-social». ⁷⁹

El Padre Hurtado, por una parte, al comprender que la fe en Dios está tan vinculada al compromiso social, considera que la pérdida del sentido de Dios, finalmente se traducirá en una pérdida del sentido social; y, por otra, a partir de su experiencia religiosa, otorga el primado absoluto a Dios, y rechaza cualquier intento de funcionalizar la fe.

El sentido social y «el sentido del pobre»

Alberto Hurtado desarrolla con particular fuerza el tema del «sentido social». Se trata de un concepto complejo, que involucra un aspecto teórico y otro práctico. El modelo es Cristo que no soporta sólo conocer la miseria, sino que la carga sobre sí. ⁸⁰ El sentido social, por una parte, significa tomar conciencia de los problemas humanos, «me toquen directamente a mí, o no», ⁸¹ y, por otra, implica actuar efectivamente para resolver dicho problema:

El Sentido Social podríamos describirlo diciendo que es esa predisposición a interesarse por los demás, a ayudar a los demás hombres, a atender a los intereses comunes. Si ensayáramos una definición más cabal, podríamos decir que es una aptitud a percibir y a ejecutar prontamente, como de instinto, en una situación concreta, aquella conducta que sirva mejor el bien común. ⁸²

El sentido social, entonces, predispone a percibir y a ejecutar. No está sólo al nivel de la percepción del problema social, sino que incluye también la acción que mira a solucionar el problema social. La falta de sentido social es una gran tragedia, y se traduce en desinterés por los demás. ⁸³ Tanta importancia le da el Padre Hurtado a este concepto que afirma que lo primero que debe despertar la Universidad en sus alumnos es sentido social. ⁸⁴

⁷⁸ *El sentido de Dios*, 1948, APH s45y10.

⁷⁹ *Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado*, 168.

⁸⁰ Cf. *Las tres pasiones de Cristo*, 1945, APH s34y06.

⁸¹ *Una verdadera educación*, 308.

⁸² *Una concepción justa de la Acción Católica*, 1947, APH s19y16.

⁸³ Cf. «Mis amadas hijas, la gran tragedia de vuestros hijos hoy día es su falta de sentido social. No es la impureza, ni la falta de piedad [...] es la falta de justicia social. Desinterés por el prójimo» (*¿Qué hacer ante el problema social?*, 1947, APH s24y03).

⁸⁴ *La búsqueda de Dios*, 113-114.

Muy emparentado con el 'sentido social' está el 'sentido del pobre'. En su último año de vida, el Padre Hurtado manifiesta su intención de escribir algo sobre 'el sentido del pobre', algo que tiene muy adentro, donde se encuentra el núcleo del cristianismo y que se descubre en la lectura y meditación tranquila del Evangelio.⁸⁵ Desgraciadamente, no se conserva ningún manuscrito que aborde directamente el tema.

La expresión 'el sentido del pobre' proviene de Salmo 40,2: «*Beatus qui intellegit super egenum et pauperem*».⁸⁶ Pero, ¿qué significaba esta expresión para Alberto Hurtado? No hay una definición explícita, pero implica «sentir sus dolores, sus angustias, como propios; no descansando mientras esté en nuestras manos ayudarlos».⁸⁷ El paralelismo entre 'el sentido del pobre' y 'el sentido de Dios' aporta otras luces. Así como 'el sentido de Dios' es la sensibilidad para captar la grandeza de Dios y actuar de acuerdo a ello; 'el sentido del pobre' significaría la capacidad de descubrir en la fe su verdadera identidad, es decir, que 'el pobre es Cristo', y actuar de acuerdo a ello.

Podemos afirmar, entonces, que 'el sentido del pobre' consiste en la sensibilidad para reconocer a Cristo en el pobre, experimentar sus dolores como propios y actuar coherentemente. El sentido del pobre incluye un aspecto teórico: el reconocimiento de Cristo en el pobre, y otro práctico: la actuación coherente con la convicción anterior.

La encarnación y el Cuerpo Místico

El fundamento de la actitud social del cristiano no es el anticomunismo, sino el dogma del Cuerpo Místico: «Social, no por anticomunista, sino social porque católico».⁸⁸ La teología del Cuerpo Místico estaba bien asimilada por Alberto Hurtado, pues había marcado el ambiente intelectual de Lovaina,⁸⁹ pero esta doctrina recibió un decisivo impulso con la publicación de la *Mystici Corporis Christi* del Papa Pío XII, en 1943. Con este impulso, sostiene que el

⁸⁵ Cf. *Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado*, 317.

⁸⁶ Se trata de una traducción latina de Sal 40:2 a partir del griego de la LXX.

⁸⁷ *Estatutos de la Fraternidad Hogar de Cristo*, 1952, APH s64y62.

⁸⁸ *La búsqueda de Dios*, 105.

⁸⁹ En varias ocasiones, el Padre Hurtado afirma que el dogma del Cuerpo Místico está llamado a unificar toda la teología católica, citando a Émile Mersch. Cf. *Humanismo social*, 31. Algunos artículos de Mersch, anteriores a la publicación de la *Mystici Corporis*, influyeron decisivamente en los documentos de Alberto Hurtado. Por ejemplo, comparar el retiro para profesores de la Universidad Católica de 1940 (publicado en *Un disparo a la eternidad*, 79-85) con el artículo de É. MERSCH, «La vie historique de Jésus et sa vie mystique» en *Nouvelle Revue Théologique* 60 (1933) 5-20. Cf. J. CASTELLÓN, *Padre Alberto Hurtado S.J. Su espiritualidad*, Santiago, 1998, 22-26; T. MIESUD, *El sentido social*, 48-52; F. PARRA, *El contexto teológico del pensamiento social del Padre Hurtado (pro-manuscrito)*.

compromiso por los demás tiene su origen en la encarnación. Así lo afirma en su programático discurso a los jóvenes católicos, el 15 de agosto de 1943:

El Verbo se unió místicamente, al encarnarse, a toda la naturaleza humana. Cristo ha querido ser el primogénito de una multitud de hermanos a quienes hace participantes de su naturaleza divina y con quienes quiere compartir su propia vida divina. Los hombres, por gracia, pasan a ser lo que Jesús es por naturaleza, hijos de Dios. Aquí tenemos la razón íntima de lo que Jesús llama su mandamiento: desde la Encarnación y por la Encarnación los hombres están, de derecho al menos, unidos a Cristo, llamados a ser uno con Él en la unidad de su Cuerpo Místico [...]. Es menester, pues, aceptar la Encarnación con todas sus consecuencias, extendiendo el don de nuestro amor no sólo a Jesucristo, sino también a todo su Cuerpo místico. Y este es un punto básico del cristianismo: desamparar al menor de nuestros hermanos es desamparar a Cristo mismo; aliviar a cualquiera de ellos es aliviar a Cristo en persona.⁹⁰

Este importante texto, que se repetirá casi textualmente a lo largo de toda su predicación, hasta sus últimos años,⁹¹ está tomado de la obra de dom Columba Marmion, *Le Christ vie de l'âme*.⁹² Hay que notar una significativa variación entre ambos autores: mientras Marmion declara que «todo hombre es Cristo», el Padre Hurtado, va más allá y afirma que «el pobre es Cristo». El dogma del Cuerpo Místico se manifiesta como la «razón íntima», como el «punto básico» que fundamenta el compromiso social, particularmente en favor de los más pobres. Por la encarnación, Cristo se ha unido, al menos de derecho, a todo hombre. Se percibe una tensión entre afirmar que todos o sólo los bautizados pertenecen al Cuerpo Místico. En algunos textos es cuidadoso y sostiene que pertenecen *de hecho* sólo a los bautizados, los demás pertenecen de derecho.⁹³ Pero en otros lugares, basándose en Mt 25, San Alberto afirma sin restricciones que «nuestro prójimo es Cristo» o «el pobre es Cristo»,⁹⁴ sin distinguir entre bautizados o no bautizados.⁹⁵

⁹⁰ *Discurso Caupolicán*, 1943, APH s19y27.

⁹¹ Cf. *Discurso Caupolicán*, 1943, APH s19y27; *Caridad*, 1944, APH s51y18a; *Amor*, 1946, APH s51y29; *Humanismo social*, 1947; *La búsqueda de Dios*, pp. 84-87; 128-134; 150-159; *Perdón y unión: el encuentro con Cristo*, 1951, APH s34y13; *Cristianismo frente al comunismo*, 1951, APH s34y14 y su libro *Moral social*, de 1952.

⁹² Cf. C. MARMION, *Le Christ vie de l'âme*, Paris, 1947, cap. XI, sec. I.

⁹³ En la conferencia *Cuerpo Místico, distribución y uso de la riqueza* (1950) y en *Moral social* (1952), Alberto Hurtado distingue entre unidad de derecho/ unidad de hecho; ser/ estar llamado a ser; poder ser/ ser de hecho. Estos textos siguen a C. MARMION, *Le Christ vie de l'âme*.

⁹⁴ Así lo declara en una carta dictada por el Padre Hurtado el 14 de agosto de 1952, es decir, cuatro días antes de morir: «Al partir, volviendo a mi Padre Dios, me permito confiarles un último anhelo: el que se trabaje por crear un clima de VERDADERO AMOR Y RESPETO AL POBRE, porque el pobre es Cristo. "Lo que hicieris al más pequeñito, a mí me lo hacéis"» (*Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado*, 319).

⁹⁵ La convicción de la presencia de Cristo en los pobres era una convicción existencial. Un testigo de la causa de canonización, el P. Fernando Karadima, recuerda: «En la Población Nueva

En *Humanismo social*, afirma: «Utilísimo sería que esta doctrina [del Cuerpo Místico] fuera estudiada a fondo en todas sus consecuencias y en todas sus aplicaciones».⁹⁶ Pues, Alberto Hurtado está convencido que aún no habían sido estudiadas a fondo las consecuencias y aplicaciones sociales de la teología del Cuerpo Místico. Al parecer, considera que los grandes teólogos del Cuerpo Místico, como Émile Mersch, Karl Adam, Columba Marmion, etc., no habían desarrollado todas las consecuencias sociales de este dogma. En una prédica del Mes de María de 1946, la teología del Cuerpo Místico, ilumina este misterio: «Cristo [por la encarnación] se ha hecho nuestro prójimo, o mejor nuestro prójimo es Cristo que se presenta bajo muchas formas: preso... herido... mendigo... Por la fe debemos ver a Cristo en nuestros prójimos».⁹⁷

Una de las consecuencias sociales más inmediatas del dogma del Cuerpo Místico es la de experimentar el dolor ajeno como propio. Comentando las consecuencias de la II Guerra mundial, afirma: «Esos dolores son nuestros, no podemos desentendernos de ellos. Nada humano me es ajeno».⁹⁸ El texto continúa con una impactante descripción, muy vívida, de los dolores de los hombres.

Dignidad de la persona humana

La insistencia en la dignidad de la persona humana como fundamento del compromiso social de la Iglesia se hace más frecuente, a partir de 1948, hasta alcanzar un lugar central en *Moral social*, donde vuelve a proponer los textos tomados de *Le Christ vie de l'ame*, de Marmion.⁹⁹ Al parecer, el mismo Padre Hurtado, posiblemente en su viaje a Europa, redescubre la relevancia social de este principio que ya conocía intelectualmente. A este propósito resulta interesante la comparación de dos textos. En el primero, lamenta de la superficialidad con que se asume este principio:

Es un hecho triste, pero tenemos que afirmarlo por más doloroso que sea: La fe, que la mayor parte de los católicos tenemos en la dignidad de nuestros hermanos no pasa de ser una fría aceptación intelectual del principio, pero que no se traduce en

San Manuel, el Padre Hurtado entró a una choza en medio de un basural, en que vivía un grupo de personas, y comenzó a sacar unos niños para llevarlos al Hogar de Cristo. En un momento, teniendo a un niño de unos dos años en sus manos, se volvió a los jóvenes que lo acompañábamos, y levantándolo, nos dio la bendición, trazando con el niño el signo de la Cruz. Así nos indicaba que Cristo estaba presente en ese niño» (*Un fuego que enciende otros fuegos*, 110).

⁹⁶ *La búsqueda de Dios*, 151; *Humanismo social*, 31.

⁹⁷ *Amor*, 1946, APH s51y20.

⁹⁸ *La búsqueda de Dios*, 146. Resuena aquí la conocida expresión de Terencio: «Homo sum: humani nihil a me alienum puto».

⁹⁹ Cf. *Moral social*, 202-209. En especial, 204.

nuestra conducta práctica frente a los que sufren y que mucho menos nos causa dolor en el alma ante la injusticia de que son víctimas.¹⁰⁰

El segundo texto refleja, por el contrario, hasta qué punto para Alberto Hurtado la dignidad de la persona humana es una realidad que le hace vibrar hasta las fibras más profundas de su ser. Se trata de unos apuntes titulados *Cristo Rey del trabajo*, redactados en un viaje a Iquique, para promover la ASICH, la última semana de octubre de 1948. Vale la pena citarlo con cierta amplitud:

Anoche volvía de la pampa... Kilómetros y kilómetros de soledad. Miro el cielo estrellado, colores más preciosos que rubíes, astros más bellos que brillantes. ¡Oh!, inmensos, distantes, vertiginosos... ¡Qué soledad! ¿Para quiénes existirán esos astros?... Silenciosos giran... y al llegar a lo alto de la montaña que nos separa de Iquique, diviso con alegría profunda unas luces débiles, titilantes... son las miradas de los hombres. Las luces del cielo brillan para ellos, los astros giran para ellos... esos mundos inmensos, casi infinitos, Dios los ha puesto para ellos, para que le hablen de amor, de grandeza, de infinito; para que puedan leer su nombre escrito en los cielos, para que cuando triste eleve su vista a lo alto y vea su herencia, recuerde su destino de grandeza, su raza divina. ¡Todo para el hombre, aquí abajo, y el hombre para Dios! La grandeza inmensa, sublime, del hombre, de todo hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, con destino personal, inteligente, capaz de conocer, relacionar, progresar. [...] ¿Puede haber un sueño más grande que haya pasado por mente alguna? ¿Pudo jamás el hombre haber aspirado a grandeza semejante? Y sin embargo el hombre tan grande lo encontramos despreciado.¹⁰¹

La belleza de este texto muestra que la dignidad de la persona humana no es, para el Padre Hurtado, una fría aceptación intelectual de un principio, sino una realidad que lo mueve desde dentro, y que es fruto de su propia experiencia de trato con los demás en su ministerio pastoral.¹⁰²

Si entre los años 1944 y 1947 la insistencia central giraba en torno a que el pobre es Cristo; en este último período se centra en que todo hombre, por la creación y por la redención, posee la dignidad de hijo de Dios. Esta digni-

¹⁰⁰ *La búsqueda de Dios*, 156.

¹⁰¹ *Cristo Rey del trabajo*, 1948, APH s26y11g. Un texto paralelo, muy esquemático, se encuentra en sus conferencias en Temuco: «Dignidad persona. Lo que es un hombre. Rey creación. Al mirar estos campos. Volcanes, lagos, bosques... para el hombre. Cielo... para el hombre» (*¿Cómo reconstruir un mundo en ruinas?*, 1948, APH s57y11).

¹⁰² Su propia experiencia pastoral está en la base de su visión del hombre: «Confianza en el hombre. Si el hombre es mirado como puro producto de la materia, ¡estamos perdidos! pero si lo miramos como hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza, descubriremos en él ¡bondad, amor, grandeza! ¿Seré muy inocente? He dormido en la cárcel; he tratado con acusados de crimen, pero el hombre malo, malo, sin rendija de bien, no lo he conocido» (*¿Cómo mirar la vida?*, 1948, APH s55y01).

dad fundamenta la acción social de la Iglesia: «La riqueza de nuestra doctrina social reside entera en el principio de la dignidad de la persona humana en el orden natural, y mucho más en su elevación al orden sobrenatural».¹⁰³

El texto es muy explícito en proponer la dignidad de la persona humana como el principio fundamental de la enseñanza social de la Iglesia, dignidad que alcanza su cumbre a la luz de la redención. Son varios los documentos que señalan la dignidad de la persona humana como el primer elemento de la solución cristiana al problema social: «El primer principio de solución reside en nuestra fe: Hemos de creer en la dignidad del hombre y en su elevación al orden sobre natural».¹⁰⁴

La dignidad de la persona humana tiene como fuente la teología de la creación, la encarnación y la cruz. La grandeza de la antropología cristiana tiene su raíz en que el hombre ha sido «creado por Dios a su imagen y semejanza» (cf. Gn 1:26). Esta dignidad tiene, además, una «raíz superior» en el misterio de la encarnación:

Y llegada la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, 'para que nos llamásemos hijos de Dios y lo fuésemos de verdad' (Gál 4:4; Jn 1:14; 1Jn 3:1). Esta última palabra jamás podrá ser bastante ponderada. Por la redención podemos en realidad absoluta de verdad ser auténticos hijos de Dios, hermanos del Verbo, templos del Espíritu Santo. Nuestra incorporación a Cristo nos autoriza a llamar a Dios con absoluta verdad Padre nuestro.¹⁰⁵

La insistencia del texto es clara, y consiste en la afirmación de la realidad de la filiación divina. La afirmación llega a ser redundante para dejar claro que no se trata de una metáfora (realidad, absoluta, verdad, auténticos). Y esta dignidad que se basa en la creación, se profundiza en la encarnación, alcanza su mayor radicalidad a la luz de la cruz. El valor del hombre se manifiesta en que Cristo mismo murió por cada uno: «Lo que significa cada hombre para Cristo. A veces nos parece que perdemos el tiempo cuando atendemos a un pobre [...]. Nos parece que sus problemas no valen nuestro tiempo. ¿Tiempo perdido? Cristo por uno de ellos bajó del cielo [...]. ¡y murió, por el más infeliz!».¹⁰⁶

Por lo anterior, esta dignidad de la persona humana sólo es captada en toda su radicalidad por los cristianos, pues «solamente el cristiano comprende la dignidad de la persona humana y su valor, porque sólo él penetra el misterio de la encarnación redentora».¹⁰⁷

¹⁰³ *La búsqueda de Dios*, 156.

¹⁰⁴ *La búsqueda de Dios*, 156. Cf. *Una voz valiente que habla claro*, 1948, APH s58y13.

¹⁰⁵ *Humanismo social*, 29; cf. *Bautismo*, 1948, APH s58y16.

¹⁰⁶ *Clero de Iquique*, 1951, APH s40y14a.

¹⁰⁷ *Iglesia y Estado*, 1948, APH s28y01. Nuevamente, se presenta el conflicto entre la pretensión de universalidad de la moral cristiana y la necesidad de la fe para adherir a ella.

Una consecuencia de la dignidad de la persona humana, destacada en su última etapa, particularmente en su libro *Sindicalismo*, es la necesidad de que el obrero mismo participe en su propia elevación.¹⁰⁸ No se ve al pobre sólo como beneficiario de la caridad de otros, sino como agente de la solución de sus propios problemas. Así lo afirma en una charla sobre la historia del movimiento sindical, en 1948: «El que sufre principalmente es el propio obrero. Es de él de quien ha de venir la solución»,¹⁰⁹ y en *Moral social*: «La redención del proletario sólo puede realizarla el proletario».¹¹⁰ En un documento escrito en París, muy influenciado por J. Lebre, ¹¹¹ afirma que es necesario asociar a los humildes en la conquista de su propia felicidad.¹¹² Esta idea ya estaba presente en el Hogar de Cristo, particularmente en los proyectos educativos.¹¹³

A partir de la dignidad inherente al hombre, por ser imagen de Dios y por haber sido redimido por Cristo, la persona humana es insubordinable a cualquier otro fin que no sea Dios mismo. En varios textos, y con diversos contenidos, parafrasea la frase de San Antonio de Florencia: «Las riquezas están al servicio del hombre y no el hombre al servicio de las riquezas»,¹¹⁴ así también: «el rendimiento es para bien del hombre, y no el hombre para bien del rendimiento»,¹¹⁵ o bien, «El Estado ha sido creado para el hombre, y no el hombre para el Estado»,¹¹⁶ «La sociedad es medio para el hombre, pero no el hombre para la sociedad»,¹¹⁷ «la economía al servicio del hombre, y no el hombre al servicio de la economía»,¹¹⁸ frases que, a su vez, son una paráfrasis de la sentencia evangélica: «El sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2:27).

¹⁰⁸ Cf. *Sindicalismo*, 13-24.

¹⁰⁹ *Humberstone*, 1948, APH s26y11e. A propósito de la necesaria sindicalización, afirma: «Sólo los obreros pueden hacerlo: No el capitalismo. No el estado. No la política. No la iglesia sola» (*La razón de ser del sindicato*, 1951, APH s26y08).

¹¹⁰ *Moral social*, 257.

¹¹¹ Es muy posible que el Padre Joseph Lebre haya influenciado al Padre Hurtado en el desarrollo de este concepto.

¹¹² *La búsqueda de Dios*, 59-63.

¹¹³ Cf. «La regeneración del vago no por pura caridad, por el dinero tirado en la calle para que no nos importune: eso no soluciona el problema. ¡Regeneración por el trabajo! Que aprendan a trabajar, se especialicen en algo... tengan un valer. Regeneración por la manera como se presenten: traje, corte de pelo, dignidad humana» (*La búsqueda de Dios*, 225). Cf. *Honestos y capaces*, 1950, APH s10y25.

¹¹⁴ *Moral social*, 205.

¹¹⁵ *Moral social*, 254.

¹¹⁶ *Moral social*, 278.

¹¹⁷ *Moral social*, 225.

¹¹⁸ Cf. *Moral social*, 265.

Visión de eternidad y compromiso social

Una nota característica de la predicación del Padre Hurtado es su insistencia en la vinculación entre vida eterna y compromiso social. «¿Más allá habrá otra realidad? ¿Qué era antes que el mundo fuera? ¿Qué será después? ¿Qué hay más allá del mundo visible antes del tiempo y el espacio?». ¹¹⁹ En continuidad con su formación religiosa, marcada por el *Principio y Fundamento* ignaciano, porque está en la base de su visión del mundo, ¹²⁰ el Padre Hurtado sostiene que la eternidad: «es lo que da valor a la vida». ¹²¹ La visión de eternidad otorga valor a la vida, puesto que afirma que las acciones actuales tienen consecuencias eternas: «Y hacer o no hacer estas obras de caridad con el prójimo es tan grave a los ojos de Dios que va a constituir la materia del juicio: Tuve hambre... sed... preso... no me disteis... no me...». ¹²²

La perspectiva de la eternidad radicaliza la caridad, en especial, con el pobre. Frente al tribunal de Dios, las cosas se ven de otro modo: allí será perjudicial ser demasiado rico. ¹²³ El texto del juicio final de Mt 25 es frecuentemente utilizado para sostener la identificación entre el pobre y Cristo, y para mostrar la relevancia eterna de las acciones actuales. ¹²⁴ La dimensión social del cristianismo, entonces, se ve radicalizada cuando se la contempla a la luz de la eternidad.

En su última etapa de la vida, se encuentran afirmaciones rotundas acerca de la prioridad de la vida eterna por sobre la vida terrena. Sin la vida eterna, el resto carece de sentido. En el retiro de Semana Santa de 1948, es decir, habiendo apenas regresado de su viaje a Europa, con todo el entusiasmo por el catolicismo social, afirma: «[El cristiano] ama este mundo, no lo desprecia, se interesa por él porque es el camino del otro, es la obra de Dios, pero su término es Dios en cuya comunión íntima aspira a perderse». ¹²⁵

La afirmación es radical: esta vida vale en función de la eterna. Por ello, paradójicamente puede afirmar tanto la insignificancia de la vida terrena como su valor absoluto. Considerada en sí, esta vida carece de sentido, pero a la luz del destino eterno del hombre, adquiere valor absoluto, porque es el

¹¹⁹ *Diagnóstico de nuestra sociedad*, 1945, APH s57y14.

¹²⁰ Cf. T. Mifsud, *El sentido social*, 52-58.

¹²¹ *Diagnóstico de nuestra sociedad*, 1945, APH s57y14.

¹²² *La búsqueda de Dios*, 86. Cf. *Amor*, 1946, APH s51y20.

¹²³ Cf. *Los Pobres*, 1946, APH s57y13a.

¹²⁴ Cf. *Humanismo social*, 21: «¿Cómo conocerá el propio Cristo que un hombre le pertenece de verdad, que es un cristiano sincero, un miembro vivo del Cuerpo místico? El también se encargó de decirnoslo. El día supremo cuando todos los hombres comparezcan a él preguntará a cada uno: "Tuve hambre ¿me diste de comer? Tuve sed, ¿me diste de beber? Estuve desnudo, ¿me vestiste? Estuve enfermo, ¿me visitaste?" Y a los que puedan responder afirmativamente, a los que hayan cumplido el mandamiento del amor los reconocerá como suyos y les dará la participación en la gloria». Cf. *Moral social*, 213.

¹²⁵ *Un disparo a la eternidad*, 179-180.

único camino para alcanzar la vida eterna.¹²⁶ En un retiro de febrero de 1951, exhorta al clero de Iquique: «Hacer de la vida el noviciado de la muerte, entregándome cada día a la obra de cooperación que Cristo me pide, cumpliendo mi misión la que Dios espera de mí y que no puedo cumplir sino yo».¹²⁷

La visión de eternidad es un poderoso motivo para la labor social. Este modo de comprender la relación entre compromiso social y vida eterna contradice el principio marxista según el cual la vida futura es el 'opio del pueblo', tal como lo declara en *Moral social*.¹²⁸ La vida futura no adormece, sino que otorga una radicalidad insospechada a la acción humana, pues asegura sus repercusiones eternas, «porque todo lo que hacemos determina nuestro eterno destino».¹²⁹ Contrariamente a la idea vulgar, el fin supremo del hombre, lejos de ser un motivo para despreocuparse del mundo, es un estímulo para comprometerse de un modo mucho más radical con las realidades de la tierra.

Conclusión

San Alberto Hurtado busca manifestar la estrecha vinculación entre el compromiso con los pobres y las convicciones teológicas. Teniendo a la vista esta vinculación, la acción social adquiere su verdadero fundamento, fuerza y sentido. Por este camino, se separa del moralismo y la casuística, pues tiene claro que los preceptos negativos son incapaces de arrancar el heroísmo que exige el compromiso cristiano en el mundo. Llama la atención la gran sintonía de la síntesis del Padre Hurtado, concluida en 1952, y el ambiente teológico y eclesial del Concilio Vaticano II. El carácter cristocéntrico y teocéntrico de su sistema moral; la valoración positiva del mundo; la moral específicamente social; la autonomía

¹²⁶ Cf. *Un disparo a la eternidad*, 177-180; 208-215.

¹²⁷ *Clero de Iquique*, 1951, APH s40y14a. Cf. «La vida ha sido dada al hombre para cooperar con Dios, para realizar su plan; la muerte es el complemento de esa colaboración, pues es la entrega de todos nuestros poderes en manos del Creador. Que cada día sea como la preparación de mi muerte, entregándome minuto a minuto a la obra de cooperación que Dios me pide, cumpliendo mi misión, la que Dios espera de mí, la que no puedo hacer sino yo. [...] ¿Por qué descansar en este mundo, cuando no es más que la imagen, el símbolo, del otro verdadero?» (*Un disparo a la eternidad*, 212).

¹²⁸ Cf. «Además, [la religión católica] al predicar a los trabajadores la resignación en este mundo para obtener la felicidad de una vida futura, atenúa los antagonismos de clase, aniquila el poder revolucionario del proletariado, es el "opio del pueblo". La destrucción de la religión es, pues, una condición indispensable para la emancipación del proletariado, que debe caer cada vez más en la cuenta de la explotación de que es víctima» (*Moral social*, 182-183).

¹²⁹ *Un disparo a la eternidad*, 211. Muchos textos manifiestan la vivacidad de la esperanza en la vida eterna de San Alberto Hurtado: «Lo veremos a Él cara a cara, a Él nuestro Dios que hoy está escondido. Veremos su Madre, nuestra dulce Madre la Virgen María. Veremos sus Santos, sus amigos que serán también los nuestros; hallaremos nuestros padres y parientes y aquellos seres cuya partida nos precedió» (*Un disparo a la eternidad*, 209-210).

relativa de la técnica en cuestiones económicas, con su consecuente apertura a las Ciencias Sociales; la moral que abandona el individualismo, el casuismo y las amenazas de castigo, y se fundamenta en la persona de Cristo; la preferencia por estimular con lo bueno en vez de amenazar con castigos; la moral del heroísmo y no de los mínimos, etc., son conceptos afines a la renovación teológica y moral del Vaticano II y poco comunes en tiempos de Alberto Hurtado, y, sin embargo, todos ellos se encuentran presentes en su síntesis. Sin duda, por su acción y también por su reflexión, pertenece al selecto grupo de los que impulsaron este providencial acontecimiento que ha marcado el rumbo de la Iglesia.

Los dilemas desarrollados en el artículo revelan además su *«forma mentis»*. Al intentar articular orgánicamente ideas que están en tensión, Alberto Hurtado no sacrifica la verdad, ni es unilateral. Al contrario, razona de modo integrador, no dialéctico. Cuando descubre una novedad o quiere destacar una idea, no siente la necesidad de negar su contrario. Es capaz de integrar ideas y enriquecer su síntesis sin contradecir sus ideas anteriores. Incluso en los temas que acusan una mayor evolución, desde sólidas y estables convicciones, amplía su síntesis para hacerla más rica y completa, si entrar en contradicciones ni unilateralidades.

El Padre Hurtado afirma que los diversos sistemas sociales se diversifican por un diferente modo de comprender el problema de Dios, del hombre, del mundo. En las convicciones de fe del Padre Hurtado hay que buscar, entonces, lo que orienta su compromiso social: Su visión de Dios, como principio y meta de todo; su visión del hombre, imagen de Dios por la creación, unido a Cristo en un único Cuerpo, por la encarnación, y salvado por su Cruz; y su visión del mundo, creado por Dios para el hombre, en función de su vocación eterna, son los elementos que, según el Padre Hurtado, otorgan *«fundamento, fuerza y sentido»* al compromiso social del cristiano. Estas convicciones confirman lo que dijo el 5 de junio de 1945, en una conferencia en la Universidad Católica: *«La exigencia de nuestra vida interior lejos de excluir, urge una actitud social»*. Por ello se lamenta tanto del debilitamiento del sentido de Dios.

Estas observaciones muestran que es imposible comprender el pensamiento y la acción de Alberto Hurtado si no se tiene en cuenta sus convicciones de fe y, a la vez, manifiestan la unidad entre el Padre Hurtado, apóstol social, fundador del Hogar de Cristo y de la Acción Sindical Chilena, y el Padre Hurtado predicador de Ejercicios, director espiritual, promotor de vocaciones sacerdotales y hombre de oración.

Facultad de Teología
 Pontificia Universidad Católica de Chile
 Campus San Joaquín
 Av. Vicuña Mackena, 4860
 Santiago, Chile

SAMUEL FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE

RESUMEN

San Alberto Hurtado (1901-1952) es conocido por su compromiso con los más pobres y su trabajo por una sociedad más justa. Pero el presente artículo no busca describir sus obras, sino comprender sus fundamentos teológicos. La investigación realizada sobre la base a sus escritos, incluyendo un amplio archivo de manuscritos inéditos, permite reconocer una sólida fundamentación teológica y espiritual de su compromiso social: su visión de Dios, la teología del Cuerpo místico, su convicción de la dignidad del hombre, llamado a la vida eterna, son los elementos que otorgan «fundamento, fuerza y sentido» a su compromiso social, y que indican que es imposible comprender la acción de san Alberto sin tener en cuenta sus convicciones de fe. Así, vida espiritual y compromiso social no se oponen, sino tal como él declara: «La exigencia de nuestra vida interior lejos de excluir, urge una actitud social».

San Alberto Hurtado (1901-1952) is known for his commitment to the poorest and working to achieve social justice. However, the purpose of this paper is not a description of his works, but rather an insight to his theological basis. A research based on his writings, including an extensive database of unpublished manuscripts, allows to acknowledge a solid theological and spiritual foundation for his social commitment: his concept of God, the theology of the Mystical Body of Christ and his convictions on dignity of man, called to eternal life, are the elements that provide foundation, strength and meaning to his social commitment. Furthermore, they attest that it is impossible to understand Saint Alberto's action without bearing in mind his faith convictions. Thus, as he states, spiritual life and social commitment do not oppose each other: «Our spiritual life not only does not exclude a social attitude, but rather urges it».